

por no son frecuentes. ¡No faltaba más! ¿Tan graves sucesos históricos á diario? Sería lo nunca visto. Siempre tendrá carácter excepcional el que salga del montón anónimo un individuo tan resuelto á sembrar la muerte y jugarse la vida con seguridad de perderla, y de perderla sin lograr siquiera el feroz intento, porque el caso frecuente en este género de atentados es que queden ilesas las altas personas contra quienes se dirige el golpe, y perezcan otras muchas señaladas por el caprichoso azar. Así ocurrió en el famosísimo atentado de Orsini contra Napoleón III, y así en el de Morral contra los regios novios.

* *

En tiempo de Orsini—el cual pertenecía á la raza de los grandes criminales políticos, y tenía la constancia y la energía de un Marco Bruto—los anarquistas se llamaban *anárquicos*, y estos *anárquicos* eran patriotas. Un móvil patriótico guió la mano de Orsini, que creía con sus bombas infernales asegurar la libertad é independencia de Italia. En la actual evolución del anarquismo, se ignora qué resultado persiguen los que esparcen en el aire destrucción y exterminio. Si desaparece un jefe del Estado, monarca ó presidente de República, otro ocupa su puesto, y la institución, lejos de sufrir quebranto, gana simpatías y adhesiones. Recuérdense, para probarlo, los casos de Carnot, Mac Kinley, el penúltimo rey de Italia, el tsar *libertador*, etc. Ignoro qué fin persiguen los lanzadores de bombas, y se me figura que o no hay lógica ni razón en el mundo, ó este género de atentados, á pesar de alarmantes apariencias, irá en disminución, rebajándose la fiebre que á ellos impulsa. Si es cierto que la sociedad está mal organizada, no es así como se reorganizará.

* *

Se ha acusado de negligencia á las autoridades y á la policía. Estas censuras ya se elevaron, y con mejor fundamento, cuando la mano de Angiolillo cortó la vida gloriosa de Cánovas. Aquel fué un caso de ceguera policiaca, mucho mayor que la de ahora, porque en Santa Agueda la vigilancia era facilísima y en Madrid, el 31 de mayo, la dificultaba la enorme afluencia de forasteros. Donde empieza á señalarse el descuido y el embotamiento del olfato, es después de cometido el crimen. Morral no tenía cómplices en Madrid, y si los tenía, no podían albergarle y esconderle, como se ha visto. A un hombre sin refugio, precisado á buscar un encubridor de ocasión, y á quien este encubridor de ocasión tampoco puede ni disfrazar ni ocultar en escondrijo seguro, sino que se ve obligado á pasearle por sitios públicos, corriendo por tranvías, merenderos y ventorros, no se concibe cómo no le echaron la zarpa veinte veces, antes de que emprendiese su odisea hacia Torrejón de Ardoz, y la sagacidad de la ventera de los Jaraices y la codicia del guarda jurado venteasen en él al anarquista. Yo nombraría jefa de la policía de Madrid á esa ventera, única que ha demostrado poseer el don peculiar de que habla Macé, el *flair* policiaco.

* *

Debe de ser interesante la organización de la policía; lo que pasa es que probablemente (hablo sin datos) debe de componerse de gente nada experta en psicología, y muy poco conocedora de la vida en sociedad (no me refiero á la sociedad elegante, sino á las múltiples capas y estratos diversos de que la sociedad se forma). La policía no ha de empezar á desplegar sus actividades al día siguiente de un crimen, sino antes, en previsión de que se cometa. Y según voz general, este de la calle Mayor estaba tan anunciado como puede estarlo un eclipse. Afirma la prensa y se oye decir por todas partes que numerosos avisos anónimos habían sido dirigidos á elevados personajes, y que en alguno de estos avisos se señalaba hasta el lugar donde se lanzaría la bomba. Parece increíble, porque ó estaba enterada mucha gente, y no se concibe entonces cómo no se hicieron indagaciones y se adoptaron precauciones á raja tabla, ó sólo lo sabían Morral y acaso dos ó tres cómplices, y entonces el interés de éstos era callarlo. A ser verdad que se anunció lo que sucedió en efecto, este es uno de los misterios más extraños del drama, en el cual la fatalidad y el destino, entre las sombras, urden su tela oscura, causando en el ánimo una impresión realmente honda y depresiva. De la bomba del 31 quedarán, además de las víctimas ensangrentadas, otras víctimas sin sangre, heridas de locura, de melancolía ó de terror para el resto de su existencia.

El contraste no pudo buscarlo más fuerte ningún autor dramaturgo. Yo no he visto, ni creo que se vea en ningún país de Europa, espectáculo tan espléndido y deslumbrante como el de la comitiva nupcial de los reyes de España. Cuanto se diga de la magnificencia de las carrozas, de la riqueza de los arneses y jaeces de los caballos, de la hermosura de estas nobles bestias, que orgullosas de su carga hacían ondular al gallardo compás de sus cabezas los solemnes penachos de plumas; cuanto se encarezca la suntuosidad de trajes, joyas, mantos, velos, sedas, rasos, encajes; el charro brillo de condecoraciones, bordados, galones y plumeros; la variedad de los extranjeros uniformes, el fausto de las antiguas libreas, de las viejas gualdrapas bordadas á realce de plata y oro sobre terciopelos, de los colores más delicados, naranja, carmesí, verde veronés, avellana; cuanto se diga del cuadro mágico que ofrecía la escalinata de San Jerónimo, cobijada por amplio tapiz con las armas españolas, guarnecida por inmensas canastillas de flores, flanqueada por dos tribunas llenas de señoras con trajes de colores claros; con la subida de las princesas que soltaban su cola de corte, que prolonga fantásticamente la figura y la dejaban arrastrar por los peldaños, á menos que la recogiese, como en las leyendas, un paje, á la moderna vestido; cuanto se pondere este conjunto lujoso, oriental, esta comitiva interminable de carrozas y carrozas, blasonadas, rehenchidas de brocatel, esa cordonería y bellotaje de seda, pintados sus paineles por grandes artistas, reluciente su charolado como si fuese esmalte, iluminado por un sol radioso, un sol de bodas, que arranca al oro destellos, fulguraciones á los brillantes, riela de raso á las ancas de los trotones, y que cae á plomo sobre las cabezas de los soldados y del gentío, protegido por sombrillas de colores y refrescado por abanicos chillones, como enormes abigarradas mariposas..., todo será inferior á la realidad admirable. Y gente hormigueando, en el último balcón, en las buhardillas, en las bocacalles; gente endomingada, curiosa, boquiabierta ante el lujo y el rumbo tradicionales de la corte española, ante el orden grave y escrupuloso, casi hierático, con que la ceremonia se desarrollaba, el único festejo en que se guardaban estrictamente la medida y la solemnidad, el único que *resultaba* por completo, más allá de lo esperado y de lo que la imaginación sueña...

* *

Una mano, un poco de metal, unos gramos de sustancias químicas..., y en vez del aparato magnífico, la confusión, el estrago, el horror, gritos, llantos, impresiones, sangre, sangre á arroyos, una nota cromática que estremece, sobre las otras notas que embriagaban la vista... Los nobles caballos, llenos de ufanía momentos antes, reciben el proyectil destinado á sus reyes, y se retuercen agonizando en el suelo, que alumbra cadáveres; la real desposada baja de la carroza, reprimiendo las lágrimas, envuelta en los pliegues rígidos de su manto blanco bordado de plata y salpicado de sangre también. La comitiva solemne se ha roto un momento; pero ni aun así se impone la confusión. Los soldados, silenciosamente, sin vacilar un segundo, sin mirar á los que han caído, cubren otra vez la fila; reemplazan los vivos á las «bajas»; la disciplina restablece su imperio..., el orden se rehace, los reyes prosiguen su camino hacia Palacio... El acto de drama ha terminado, el telón baja. El epílogo ya lo conocemos: es la venta de los Jaraices, es la prisión de los sospechosos y encubridores de Madrid.

* *

También esta es dramática hasta lo sumo. Yo no conozco ni de vista á Nakens; y es tanto lo que de él oigo hablar desde hace veinticuatro horas, que su figura casi hace olvidar la del autor del atentado. Para un novelista, para un aficionado á la psicología, nada más curioso que la diversidad de juicios acerca de un acto moral. Así como la acción de lanzar la bomba nadie dejó de reprobarla—al menos que yo sepa,—la actitud de Nakens es juzgada de mil modos, ya censurada, ya defendida con apasionamiento y vehemencia. Lo más exacto acaso que sobre este punto escuché, lo dijo un sabio antropólogo, afirmando que, en situaciones inesperadas y supremas de la vida, hay un primer movimiento del cual no se es dueño, y al cual se eslabonan ya inevitablemente los siguientes. Sobre este predicado está basada la tragedia griega.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Esta quincena, la crónica tiene plétora de material y no caben en sus límites ni largas descripciones, ni las reflexiones que, por otra parte, cualquiera puede hacer sin gran esfuerzo, acerca del suceso horripilante que, aun siendo menos de lo que pudo ser—y no fué poco—dió fin moralmente á las fiestas.

Porque no puede negarse que éstas acabaron, como quien dice, en punta. Desde que la alegre mojiganga de flores, luces y colgaduras fué interrumpida por breve escena trágica, quedó la apariencia de los festejos, no suprimidos en atención á determinadas consideraciones, pero ya envueltos en crespón de tristezas y temores, de augurios fatídicos y encogimientos del ánimo, como un hermoso día que de repente encapotan nubes y enfrían turbiones de lluvia.

En dos números tan apetecidos como la corrida regia y la función de gala en el teatro Real, podían observarse síntomas de desanimación y desmayo: de los toros se retiraron temprano, después de una ojeada al espectáculo y al vistoso desfile, muchas mantillas blancas; en el teatro Real había claros numerosos en las butacas, vacíos en el paraíso. La gente tenía miedo, un miedo cerval. En los toros, en el famoso tendido 9, todo de mantillas y damas, corrió un estremecimiento al divisar, encima del tejado del palco regio, el bulto de un hombre agazapado, destacándose sobre el cielo azul. Algunas se levantaron; otras, aterradas, gritaron á los guardias la noticia. Y los guardias se rieron; porque era uno de ellos, ó siquiera un policía, el que desde lo más encumbrado de la plaza atalayaba por la seguridad de los reyes y de la concurrencia.

Precauciones por todas partes; recelos, desconfianzas, alarmismo; el retraimiento hasta de lo más agradable, y el vago terror desazonándolo todo, no son salsa á propósito para unas fiestas. Bastantes personas de las que tenían encargado que les adornasen sus coches, han retirado el encargo—según me dicen los artistas valencianos que debían engalanarlos—y han preferido pagar y no asistir á la batalla. Sin duda por asociación de ideas, las flores asustan ahora especialmente. La lluvia vino á retrasar este número dos días, y en consecuencia, á deslucirlo, pero ya lo había deslucido de antemano el frío pavor, la desazón misteriosa, la mano escribiendo en la pared sentencias y amenazas horribles.

Y yo creo que ahora es cuando, por algún tiempo, no se debe temer. Atentados como el de la calle Ma-